

las novelas de la década, *Las pirañas*. El engrudo social retratado y el talante crítico apelan a formas de la vida colectiva y social con horizontes vitales de integridad muy erosionada pero rigurosamente inexistente en ningún pasado próximo.

Y es que parece que la materia política como objeto de reflexión se asocia inexcusablemente con una dimensión de futuro, con una perspectiva abierta. Las letras españolas han estado muy poco tentadas por esa forma de pensar el presente como estadio de transición hacia otra cosa. Por el contrario, el clima de satisfacción colectiva, el talante narcisista a veces tan obsceno como en torno al año 1992, ha expulsado miradas menos complacientes con respecto al mismo presente. No estoy insinuando ninguna queja, ni ninguna nostalgia de tiempos mejores por peores. Pero sí me parece muy minoritaria la sensibilidad editorial y mediática hacia miradas desactivadoras de las formas de la autocomplacencia. O sólo sensibles a las formas más digeribles y menos extemporáneas y agresivas de análisis y expresión del presente. Muy pocas novelas han roto la baraja, aunque tampoco sé muy bien si la baraja, en literatura, puede romperse alguna vez. ¿Qué novelas nos han conmovido con el puñetazo kafkiano para hacernos recapitular sobre nosotros mismos pero también acercándonos a una comprensión más lúcida de una sociedad que no es la de hace treinta años?

Habrán de ser otros quienes lo hagan, con una idea distinta del poder político y las responsabilidades colectivas. Seguramente aquellos a quienes ya no atenace la mala conciencia por deserciones, complicidades o silencios involuntarios, a quienes ese pasado no resulte ya una carga demasiado onerosa. El interrogante que queda en el aire es cuál ha de ser esa idea distinta y dónde está.

¿Qué lee el simpatizante de Izquierda Unida estupefacto ante el frenesí retórico de su líder espiritual o qué lee el abochornado votante socialista para reparar la melancolía invencible y hurgar en las causas de un angustioso e inesperado despropósito? O no lee nada, o lee reflexiones piadosas de cuño ético, o vagas divagaciones encantadoras sobre las formas tramposas de la memoria y la inteligencia emotiva. La vinculación del escritor a los medios de comunicación escritos ha jugado a favor de casa, la casa del periódico, la del dueño del periódico y su negocio. Pero es que además ha funcionado en un único sentido.

El escritor ha colonizado ventajosamente –para el escritor y para el público– las páginas de la prensa pero ha rechazado la contaminación más secreta y ambiciosa que da el medio. El novelista construye relatos ficticios que apenas precisan investigación fuera de la ambientación razonablemente verosímil, de signo histórico, por ejemplo. Pero el relato novelado de un

estrato social, de una parcela ciega o inaccesible a primera vista, la indagación real en lo que se desconoce en términos documentales o materiales, apenas es competencia del periodismo ni de la novela en tanto que el discurso mediático ha absorbido esas funciones con el espejismo de una verdad estable y continua. Nada muy distinto de otras épocas, pero hoy más visible por la potencia de la emisión de voz, por la rotundidad del volumen, por la obviedad de su verdad no fiscalizada, o fiscalizada sólo desde la marginalidad inoperante y clandestina. No habrá que volver al modelo de escritor de caballete –bloc de notas y paisaje obrero a la hora del almuerzo– pero algo del talante curioso e insolente, algo de la osadía desafiante de esa caricatura podría configurar un modelo algo menos complaciente y más agresivo, un modo menos benevolente y menos egotista de contemplar la realidad social del día.

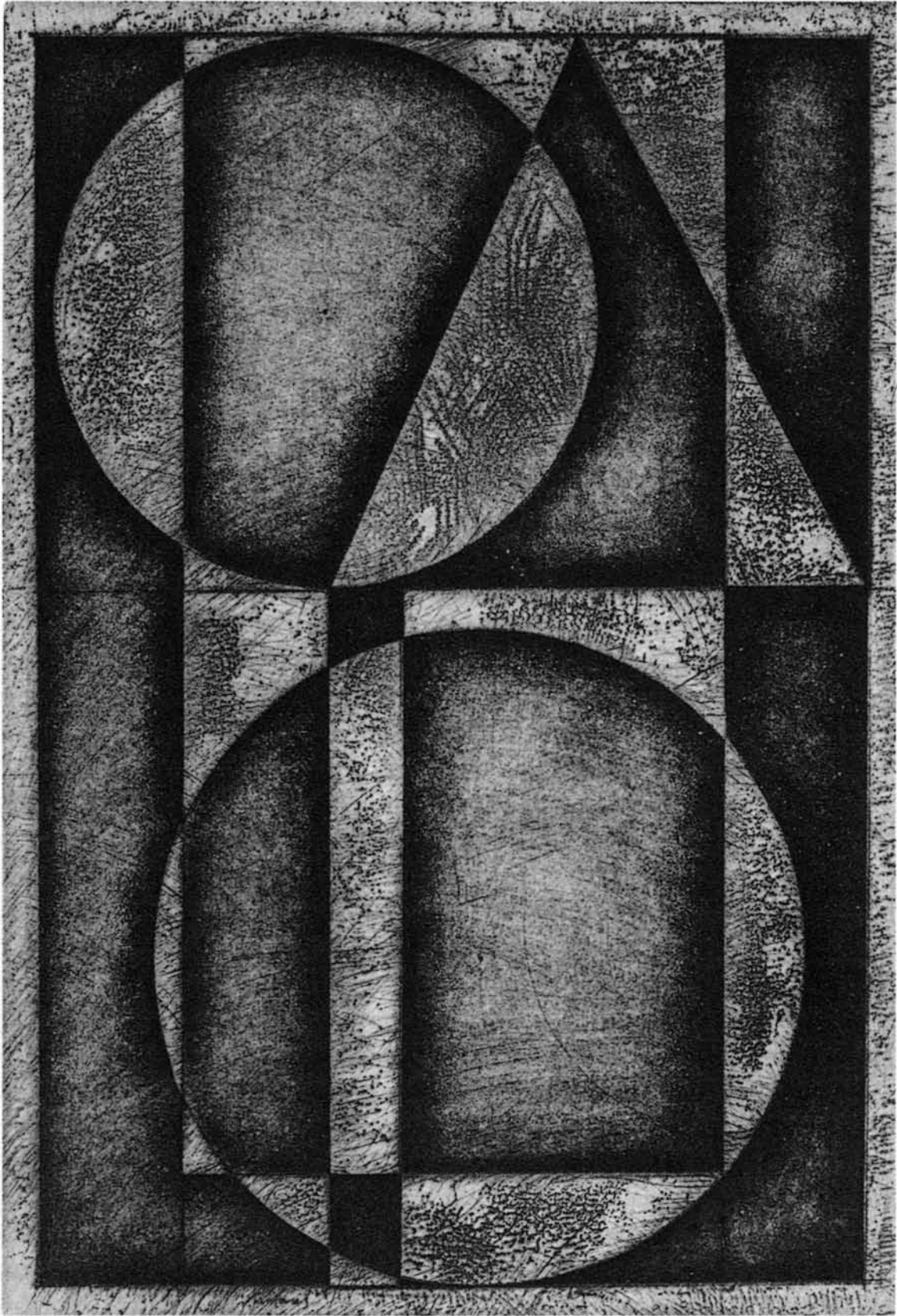
La selección de esa realidad, la exclusión de algunos motivos de considerable relevancia social, tienen una lectura política. No olvidará nadie la divertida secuencia del encuentro con intérpretes entre Felipe González y Margaret Thatcher en *Corazón tan blanco* de Javier Marías, pero espero que vaya viéndose que no es ese el resorte político a que aludo. Ciertamente la verdad más palmaria sobre la novela actual es una extraordinaria versatilidad de asuntos, una libertad en la elección y el tratamiento estético de la materia que no excluye nada. La única salvedad –aunque habrá más, seguramente– tiene que ver con esa dimensión averiguadora del relato, con la posibilidad de que la novela ilumine zonas socialmente oscuras o silenciadas, los fragmentos menos visibles y más frágiles de una sociedad cada vez más alejada de la imagen que de ella dan sus medios. Algunos de esos lugares resultan altamente sugestivos: ¿nadie ve una novela detrás de un periodista en prácticas desconcertado entre la literatura de su licenciatura y la realidad de una redacción? ¿No hay una historia de formación política en el aprendiz de radio que descubre cómo se programa y escribe una entrevista, una sección, cómo se monta o se desmonta una noticia? ¿No hay ninguna novela verosímilmente iluminadora detrás de la siniestra mentira de la lógica penal contra la drogadicción? ¿No hay ninguna novela aceptable detrás del profesor universitario que conoce los mecanismos sutiles de su sabia y vetusta casa, o los del crítico literario con respecto a su periódico, o los del funcionario de prisiones con respecto a su capacidad de control de nada? Esas novelas pueden contar la madurez democrática y enferma –lo uno es lo otro– de nuestra sociedad y a lo mejor evidenciaban una dimensión política aliada a una dimensión social.

Pese a la voluntad política de algunos novelistas, y a pesar de las elegías en negro sobre el pasado resistente y la transición, quizá son todavía dema-

siadas las cosas que están escapando de la novela actual. Me parece que ese recelo a algunos sectores del presente y a un talante más abiertamente intervencionista, pudiera inspirarse en un fantasma muy antiguo, vinculado al franquismo y la resistencia, y que se llama novela social, novela política. Se explicaría ese desmejorado aspecto que presenta la novela actual en su fuerza crítica, ideológica, como convalecencia de una resaca demasiado larga. Quizá por eso sigue siendo territorio preferente de la novela detectivesca, policíaca, negra, el tratamiento de esos asuntos –Vázquez Montalbán, Martínez Reverte, Juan Madrid–, aunque casi siempre en claves muy superficiales y necesariamente subsidiarias de estructuras narrativas veloces, poco aptas para la minucia analítica o la consideración reposada de las cosas.

De los personajes rara vez sabemos lo que son sus criterios y reflexiones políticas y a lo sumo accedemos a una consideración desprendidamente crítica de su entorno. Sus conversaciones y meditaciones, sus conjeturas, proceden de ángulos íntimos que no se sienten asaltados por interrogantes de carácter político o ideológico. Claro que es un síntoma estupendo de la normalidad literaria que ha fabricado la democracia. Lo menos convincente es que esa normalidad haya reducido tan escandalosamente la viabilidad narrativa y fabuladora de esa deriva tan literaria como cualquier otra.

Seguramente es cierto que no existe ya ninguna verdad de puño. Lo sabe el escritor adulto desde hace muchos años pero debería saberlo también cualquier consumidor de medios de comunicación. La información escrita y audiovisual, las estadísticas y las encuestas, los informes y contrainformes que relatan al detalle lo que es la realidad social española de hoy constituyen tan sólo versiones parciales y amputadas, interesadas y contingentes de esa realidad, pero nada más. Resulta hoy altamente significativa la pregunta que Enrique Murillo se formulaba en 1988 cuando daba por válida –por verdad de puño– la información existente sobre la sociedad en la que vivimos. Me parece que padeció entonces un espejismo difícil de sostener ya; no había que preguntarse qué le quedaba a la literatura en una sociedad con prensa libre, sino cuál era la verdad suministrada por esa prensa y qué parte de su retrato resultaba vigente: interpretar la realidad, la virtual y mediática, y la otra. Cuando alguien ha descrito los años cuarenta como se cuentan en *Pretérito imperfecto*, resultan insuficientes los subterfugios de un *Descargo de conciencia*.



Si hay que tener